

La condición de Patrimonio de la Humanidad exige mucho

La ciudades españolas Patrimonio de la Humanidad se dan cita en Cuenca para aprobar nuestro acceso a la asociación que las reúne. La incorporación de Cuenca se esperaba desde hacía largo tiempo. Al fin ha llegado. Conviene advertir, no obstante, que el retraso se debe a la falta de diligencia de la Corporación Municipal al completo, encabezada por el alcalde y teledirigida por el delegado de Bono, privilegiado candidato único del prisoísmo para recuperar el sillón perdido a manos del PP y la posibilidad de dispensas el clientelismo partidista de que ya hizo gala, beneficioso para unos pocos y dañino para Cuenca. Enredados unos y otros en atribuirse el mérito de la designación y en regatearlo a Rafael Araque y a la Cámara de Comercio e Industria, olvidaron que las otras ciudades igualmente tituladas actuaban de consuño para consolidar derechos, regular deberes y obtener ayudas. ¿Lo olvidaron, o aplazaron hacerlo para consumir determinados desafueros en marcha que contrariaban la normativa de la Unesco y los acuerdos asociativos?

Una incorporación tardía pero que compromete

La reseña en la prensa regional castellano-leonesa de la última reunión celebrada por la Asociación informaba, entre otros, del acuerdo para eliminar la circulación rodada por el área histórica de las ciudades implicadas, con el fin de asegurar su conservación y un tranquilo transitar del turismo. Criterio que choca con la decisión municipal de construir dos estacionamientos en el casco antiguo: uno en la explanada de Mangana y otro en lo que fuera iglesia de Santo Domingo. Aunque el estacionamiento de Mangana permita justificar el traslado a lugar más apropiado del monumento a la Constitución, me parece aún más deplorable su sustitución por un aracamado de automóviles.

Me sucede con Tomer lo mismo que con otros pintores de pareja singlatura artística. Los admiraba cuando cultivaban la armonía y sus obras eran aprehensibles para la razón y el sentimiento. Dejaron de atraerme cuando, atrapados por el mercantilismo del mercado especulativo en el que imponen su ley marchantes internacionales, doblegaron su talento y se deslizaron hacia la desarmonía, el mensaje abstruso y, con harta frecuencia, el camelo. ¿O no lo son, por ejemplo, las vidrieras de la catedral, unas caracterizadas por una horrenda desfiguración de lo religioso, y otras que más parecen el cartel anunciador de una fábrica de baldosines? Tanto, que el Obispado debería contratar a la Isabelita de Porcelanosa para enseñarlas y explicar su inaccesible argumento. Excuso sin embargo

el homenaje de Tomer a la Constitución, traducido en una estructura metálica que lo mismo podría valer para ornar la entrada de unos astilleros, de una siderúrgica o de una estación de ferrocarril. Un monumento a la Constitución de 1978 implica un complicado reto para el márgen de los artistas. Y pienso que Tomer acertó a interpretar su espíritu, si es que los constitucionalistas se lo insuflaron. Hierros por aquí, hierros por allá y mucho, mucho vacío, entre las nervaduras férreas. Quedaría más majo y acorde con la vaciedad del entorno en el minimuseo de la Ciencia, horroroso pastiche azulón que, a los pies de Mangana, destroza el antiguo perfil de la ciudad alta. Tampoco desentonaría en la explanada de acceso al Auditorio, un pretencioso y rosado mausoleo que descompone a su entrada la mágica armonía de la Hoz del Huécar.

Elogio sin reservas la decisión de desmantelar el burdo edificio del grupo escolar embutido entre los muñones del antiguo templo, cuya hermosa pila bautismal se convirtió en monumental macetero de parque. No es fácil encontrar una solución acorde con el entorno a lo todavía noble que resta de Santo Domingo. Pero lo exige ahora más que antes la feliz iniciativa de recuperar la muralla y adecentar las recientes y feas casucas del Retiro, nombre por el que de niño conocí la plazuela a espaldas de mi entrañable calle de las Tablas, en la que mi tío Octavio estableció su sastrería, después de deambular con éxito por el mundo. Y en cuyo gabinete de primogénito tanto escribió de Cuenca mi otro tío Segismundo.

El recobro de la muralla, un ejemplo a seguir

La obra de recuperación de la muralla bajo las Cocheras me pasó desapercibida en un anterior viaje a Cuenca, al ocultarlas el arbolado crecido sobre la tierra mollar de lo que otrora fueran huertas regadas por el Huécar y fecundadas por lejanos y ya olvidados desbordes. Siempre gusté de acudir al puente de Palo para ver en la noche el zigzag de las luminarias procesionales ascendiendo hacia el Gólgota de la plaza Mayor. Y vuelvo a él, como a otros escenarios entrañables de la infancia y la juventud, cada vez que, por desgracia de tarde en tarde, retomo a la matriz de mi estirpe. Algo habrá que hacer para que la recuperada muralla se vea y se admire.

Recorí las obras de restauración de la muralla en compañía de Jesús Mateo y de Ricardo de Luz. Con Mateo apenas si había tenido relación anteriormente. A Ricardo me une antigua amistad, a la que se suma la admiración y el reconocimiento por su ardua e inteligente empeño en desentrañar los escondidos o des-

virtuados antecedentes de nuestra catedral y otros misterios de nuestra historia, inaccesibles para los filiaos al dogmatismo racionalista. Hace algunos años que Cruz Martínez Esteruelas me pidió que sirviera de guía a su promoción de Deusto para visitar Cuenca. Quise evadirme de una explicación convencional y seleccioné de la obra de Federico Muelas un poema acorde con cada lugar del recorrido, cuya lectura encomendé a uno del grupo, excelente recitador. Fue para mí, y para todos, una experiencia inolvidable que ahora cabría enriquecer e institucionalizar con la rica aportación antológica que Guillermo Sena Medina hace cada semana en "El Correo Conquense". Pero después de leer a Ricardo de Luz no me atreví con la catedral. Nunca le agradeceré bastante que accediera a hacerlo él. Todos quedaron sorprendidos por las explicaciones de Ricardo sobre los arcanos de nuestro templo cardenalicio. Incluso Cruz, gran conocedor del Temple, sobre el que publicó un sugestivo libro.

Aunque todavía sin concluir, me impresionó la feliz restauración de la muralla, realizada con inteligente fidelidad, y gracias a la cual se devuelve al linderero del casco viejo su antigua y llamativa imagen, pese a que el absurdo recrecido del antiguo Instituto contribuye a empujarla en parte. Una decisión que merece reconocimiento y elogio sin reservas por la obra bien hecha, no exenta de reticencias y de absurdos condicionamientos burocráticos. Pero queda todavía mucho que recuperar y restaurar de la muralla que continúa a lo largo la margen derecha del Huécar, hasta la Puerta de Valencia, de la que dan testimonio algunos maltratos cubos y trozos de lienzo que penetran en las viviendas a las que sirven de cimiento. En la casa de la calle de la Moneda en que nací era visible la muralla en su profunda bodega. La angosta salida al río fue abierta en la muralla, de más de un metro de espesor. La inclinación de las edificaciones de la calle de la Moneda, espectacular en la de Mariota, se debió a que los muros de esta parte se asentaban sobre el echadizo utilizado para nivelar el terreno con el sólido remate de la muralla. Se puede restaurar lo visible e incluso recuperar algún que otro tramo de lienzo escondido tras el estuco de las casas, aunque habría que idear una solución parecida al sostén del voladizo de las Casas Colgadas para que la edificación no se viera abajo. No se me escapa que un empeño de esta naturaleza sería comprometido y costoso. Pero nada ni nadie puede impedirlo soñar con esa nueva y hermosa imagen de las traseras de la calle de la Moneda, contemplada desde la calle de los Tintes.

Hay todavía mucho que restaurar y recuperar de la Cuenca histórica.

Y no pocos pegotes que abatir o rehabilitar. Pero acaso el proyecto más apremiante y ambicioso sea la reconstrucción de la torre de la catedral, contrapunto de Mangana, que con el Giraldo dotaba al casco antiguo de un mágico equilibrio, que rompió el hundimiento. Recordé a Jesús Mateo y a Ricardo de Luz que, según escuché a mi padre y a mi abuelo, la dificultad de acarrear en carros y a lomos de bestias los escombros de la torre, buena parte de ellos, en particular las pesadas piezas de la sillería, sirvieron de relleno para el aljibe existente bajo la plaza, a cuyas arcadas debieron pertenecer las que aparecen en los bajos de algunas edificaciones de la calle de los Pilares, cuya denominación acaso viniera de ahí. Hace tiempo que en estas mismas páginas escribí al propósito, dando ocasión a varios enjundiosos artículos de Antonio Poral, cuya ausencia, para mí incomprensible, tantas veces he lamentado. Está por explorar el subsuelo de esa parte de Cuenca, tan lleno de oquedades y pasadizos bloqueados, algún tramo de los cuáles fue habilitado para refugio antiaéreo durante a guerra.

No más fiascos ni enredos

Creo que acciones de esta índole han de ser prioritarias para el Ayuntamiento y para la dirección de Cultura de la Junta sobre otras discutibles iniciativas, como la felizmente abandonada del ascensor, la ya comentada de los estacionamientos para automóviles o el empecinamiento en mantener la motibunda fundación Antonio Saura, pese al engaño testamentario, a la voracidad de sus herederas y a la interesada afección de Catalá, abandonado por tres de los patronos más vinculados al pintor. Ya sé que al disolverse la fundación su patrimonio, al que nada aportó Antonio Saura, salvo promesas incumplidas, pasaría al servicio de fundaciones. Pero no me parece que fuera imposible recuperar el dinero institucional invertido mediante una tenaz y hábil negociación. ¿O es que la dirección general de Cultura del Estado puede dedicar un buen puñado de millones en favor del pingüe legado de Antonio Saura y no para iniciativas de superior enjundia en Cuenca?

Y puesto que ha salido a colación el fiasco de Antonio Saura, no puedo omitir otra preocupación. Me refiero al emblemático hocino de Federico Muelas que el pintor compró a sus herederos para tenerlo en un abandono inexorablemente derivado en ruina. Su declaración de ruina por el Ayuntamiento podría dar cauce legal a su expropiación. Y posteriormente, a reconstruirlo y darle un destino apropiado.

Mucho queda por hacer con buen tino en el casco histórico de Cuenca tras largos años de abandono y de arbitranedades. La recuperación de la muralla define

un ejemplo a seguir. Y la tardía incorporación a la Asociación Española de Ciudades Patrimonio de la Humanidad presta ocasión para cohibir desmanes, acomodarse a una exigente normativa de restauración y conservación, para imitar a los que bien lo hacen y para reclamar las ayudas que la Junta y el Estado nos regatean. Bien es cierto que entrar en la Asociación de poco serviría si la Corporación Municipal no cambia de talante y siguen prevaleciendo el obstruccionismo sobre la iniciativa, la cortedad de ideas sobre la imaginación y la apatía sobre el esfuerzo.

Y ya que hablo de apatía, debo recordar a los munícipes que todavía no he recibido respuesta a mis reclamaciones sobre el desmantelamiento de la casa museo Zavala y los lienzos perdidos de Luis Roibal. De lo primero sigo por cuenta propia mis indagaciones, las cuales comienzan a dar fruto. Y de lo segundo, alguien me ha susurrado al oído que los dos a que me refería, y alguno más, los ha visto en descuidado apilamiento en un almacén municipal. ¿Tan laborioso resulta encontrarlos y darme la información a que tengo derecho? ¿O es que el silencio administrativo se utiliza para ocultar lo inexplicable?

Los escritores tienen una misión que cumplir y una responsabilidad que asumir

José Luis Muñoz me remitió la fotocopia del artículo "Otra ocasión más", publicado por Luis Calvo en "Crónicas". Me satisface coincidir con él, o que él coincida conmigo, en la denuncia de la "desesperante apatía" que sufre Cuenca. Y en lamentar que el I Congreso de Escritores Conquenses, elogiable iniciativa, "ha perdido una gran ocasión para constituirse en referente ilusionador" de nuestra comunidad. El reto fue planteado con energía por un congresista que demostró tener los pies en el suelo, en vez de la cabeza en las nubes. Pero su llamamiento pareció caer en el vacío. Deduzco del artículo de Luis Calvo que, terminado el congreso, satisfechas las vanidades y alimentados los estómagos, los escritores conquenses han vuelto a donde solían. O sea, al puro recreo unos, a sacar ventaja otros y al desespero del orillamiento unos pocos. Aunque sean escasos los de algún relumbramiento, doscientos escritores conquenses o enconquensados, que dice Calvo, componen una nutrida tropa que, unida y resuelta a dar guerra, puede hacer mucho en favor de Cuenca y de la resolución de sus acongojantes carencias y de sus gravísimos problemas. Y más obligados que ninguno están los que abrevan en el pilón de los fondos institucionales. Cuenca precisa de todos para salir del atasco.

Ismael Medina